

1º. Dios llama al hombre a la existencia

Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza. Que domine sobre los peces del mar, las aves de cielo, las bestias, sobre todas las alimañas terrestres, y todos los reptiles que se mueven por la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó. (...) Pero un manantial brotaba de la tierra y regaba toda la superficie del suelo. Entonces, el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, insufló en sus narices aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser vivo (Génesis 1, 26-27; 2,6-7).

¿Por qué razón, cuando se hizo el cielo, no se dijo: “Hagamos”, sino: “Haya cielo”, “Haya luz”, lo mismo en cada parte de la creación, y sin embargo, aquí solamente se da el “Hagamos” que implica consejo, deliberación, consulta con otro de igual dignidad? ¿Quién es, pues, el que va a ser creado, pues disfruta de semejante categoría? ¡Es el hombre!, ese grande y admirable ser viviente al que Dios más honra entre toda la creación... Éste es el motivo del consejo, de la deliberación y de la consulta: no porque Dios necesite del consejo - ¡nada más lejos! – sino porque así, en la misma forma de hablar, se nos muestra ya el honor otorgado a la criatura (SAN JUAN CRISÓSTOMO).

El alma es soplo de Dios, mezcla de lo celeste con lo terrestre, una luz dentro de una cueva, pero divina e inmortal... Así habló Dios, y tomando parte de la tierra recién creada, con sus manos inmortales modeló mi forma, a quien también impartió su propia vida, y en ella insufló el Espíritu que fluye de la divinidad invisible (SAN GREGORIO NACIANCENO).

2º. Dios nos llama a abandonar “nuestra tierra” para llegar a la tierra prometida (el cielo)

El Señor dijo a Abrán: “Vete de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y tú serás una bendición. (...) Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra”. Marchó, pues, Abrán, como se lo había dicho el Señor (Génesis 12, 1-4).

Justo es, hermanos, que confiemos en Dios, aún antes de que pague nada, porque en realidad ni puede mentir, ni puede engañar. Es Dios. Así confiaron en Él nuestros Padres. Así lo hizo Abrahán. He aquí una fe digna de ser alabada y pregonada. Nada había recibido aún de Dios y creyó cuando le hizo la promesa; nosotros, en cambio, a pesar de haber recibido tanto, aún no confiamos en Él. ¿Podía, acaso, decirle Abrahán: “Creeré, puesto que cumpliste aquello que me prometiste”. Él confió desde el primer mandato, sin haber recibido nada (...) Abrahán confió inmediatamente en Dios (SAN AGUSTÍN).

Ser totalmente de Dios, entregarse a él y a su servicio por amor, es la vocación, no sólo de algunos elegidos, sino de todo cristiano: consagrado o no, hombre o mujer. Todos son llamados a seguir a Cristo. (...) Para hacer una experiencia de Dios es muy importante que, al menos alguna vez, encontremos un rincón silencioso donde poder tratar con él como si no existiéramos nadie más que él y nosotros en ese momento y en todo el mundo. (...) El centro del alma es el lugar desde donde se hace oír la voz de la conciencia y el lugar de las libres decisiones personales. Por eso, y porque la libre decisión de la persona es condición requerida para la unión amorosa con Dios, ese lugar de las libres opciones debe ser también el lugar de la libre unión con Dios (SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ).

3º. La llamada de Dios a la vocación consagrada

Una vez que la gente se agolpaba en torno a él para oír la palabra de Dios, estando él de pie junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban en la orilla; los pescadores, que habían desembarcado, estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era la de Simón, le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. (...) Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron (Lucas 5, 1-11).

Seguir al Salvador es tener parte en la salvación, como seguir a la luz es tener parte en la luz. No son los hombres los que hacen resplandecer la luz sino que son ellos los iluminados, los que resplandecen por la luz. Los hombres nada pueden añadir a la luz, sino que la luz los ilumina y los enriquece. Lo mismo ocurre con el servicio que rendimos a Dios. Dios no tiene necesidad de nuestro servicio y nada le añade a su gloria. Pero aquellos que le sirven y le siguen reciben de Dios la vida, la incorruptibilidad y la gloria eterna. Si Dios invita a los hombres a vivir en su servicio, es para poder otorgarnos sus beneficios, ya que él es bueno y misericordioso con todos. Dios no necesita nada; en cambio el hombre necesita de la comunión con Dios. La gloria del hombre consiste en perseverar en el servicio de Dios (SAN IRENEO).

Existe la posibilidad de que la gracia de Dios no se transmita directamente a los hombres, sino que Dios elija a otras personas como intermediarias. Una persona puede ayudar de diferentes maneras a la salvación de otras. (...) En el amor que se olvida de sí mismo para entregarse a Dios sin reservas, y en hacer desaparecer la propia vida para dar en sí lugar a la de Dios, está la raíz, principio y fin de la vida consagrada. (...) Cuanto más profundamente se sumerge uno en Dios, tanto más tiene que salir de sí mismo en este sentido, en decir, hacia el mundo, para llevar allí la vida divina. (...) Mi sentimiento dominante desde que llegué aquí es el agradecimiento. Gracias por poder estar aquí... Y no tengo ninguna aspiración que no sea dejar que se cumpla en mí la voluntad de Dios (SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ).